

CONÉCTATE

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

RENACER

¿Sabes quién puede darte una nueva vida?

Declaración de amor

La fórmula para resolver múltiples problemas de la humanidad

Amortiguadores

Para poder despreocuparnos y disfrutar del viaje



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: **www.conectate.org**

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Argentina:

conectatearg@lycos.co.uk

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
+44 (0) 845 838 1384

A NUESTROS AMIGOS



¡La vida puede ser muy confusa! Ansiamos respuestas, pero a veces acabamos con más interrogantes. ¿Para qué estamos aquí? ¿Cuál es la causa de tanto sufrimiento y dolor en el mundo? ¿De dónde sacamos esperanzas si todo parece andar mal? ¿De dónde sacamos fuerzas para hacer frente a los retos que nos presenta la vida? ¿Cómo podemos encontrar felicidad duradera?

Las respuestas a todas esas preguntas y a muchas más, las encontramos trabando una relación muy personal y estrecha con Jesús, quien además de prometernos la vida eterna en el Cielo se compromete a permanecer a nuestro lado hasta que llegemos allí. Él te tiene preparado un mundo de felicidad, paz, libertad, contentamiento y amor eternos. Lo único que tienes que hacer es conectarte a la fuente de ese poder transformador. Acepta a Jesús en tu corazón, y Él te colmará del amor y la comprensión que siempre anhelaste.

De eso trata la revista *Conéctate*: está para ayudarte a establecer contacto con la energía divina de modo que puedas experimentar cotidianamente el amor que emana de ella. La Biblia dice que Dios es amor (1 Juan 4:8). Ese amor sobrenatural está imbuido de un poder capaz de transformar de tal manera tu vida que una vez que te conectes a él nunca volverás a ser la misma persona.

En los próximos números de *Conéctate* aprenderás a explotar diariamente el poder de Dios por medio de la oración, el estudio de Su Palabra y la práctica de Sus amorosos principios. Te invitamos a encender la corriente y conectarte hoy mismo a ese amor.

Gabriel

En nombre de *Conéctate*

AÑO 1, NÚMERO 1

DIRECTOR **Gabriel Sarmiento**

DISEÑO **Giselle LeFavre**

ILUSTRACIONES **Doug Calder**

PRODUCCIÓN **Francisco López**

© Aurora Production AG, 2006. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwan.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

«¿QUIÉN ES ESTE HOMBRE?»»

DAVID BRANDT BERG

VIO LA LUZ EN EL SUELO SUCIO DE UN ESTABLO. PARA LIBRARLO DEL ESCUADRÓN DE LA MUERTE ENVIADO POR UN REY ENVIDIOSO, SUS PADRES SE EXILIARON CON ÉL CUANDO ERA NIÑO, HASTA QUE PASÓ EL PELIGRO Y PUDIERON VOLVER A SU TIERRA.

Hasta los 30 años fue carpintero, igual que Su padre terrenal. Sin embargo, Su Padre celestial lo necesitaba para otra labor que solo Él podía realizar.

Cuando llegó el momento de que iniciara Su misión, fue por todas partes haciendo el bien, ayudando a la gente, interesándose por los niños, consolando, fortaleciendo a los cansados y salvando a cuantos creían en Él. Además de predicar Su mensaje, lo vivió entre la gente. No solo atendía las necesidades espirituales de las personas, sino que también invertía largas horas velando por sus necesidades físicas y materiales, sanándolas milagrosamente cuando estaban enfermas y dándoles de comer cuando tenían hambre. En todo momento compartió Su vida y Su amor con quienes lo rodeaban.

| Su religión era tan simple que afirmó que
| había que volverse como un niño para aceptarla.
| No dijo que hubiera que celebrar aparatosos
| cultos en fastuosos templos. Nunca enseñó a la
| gente que tenía que observar complicados ritos
| ni reglas difíciles de cumplir. Lo único que hizo
| fue pregonar y manifestar amor, procurando
| conducir a los hijos de Dios al verdadero Reino
| celestial, en el que las únicas leyes son «amarás
| al Señor con todo tu corazón» y «amarás al pró-
| jimo como a ti mismo».

| Se relacionó muy poco con los pomposos diri-
| gentes eclesiásticos de Su época, a excepción
| de las ocasiones en que insistieron en impor-
| tunarlo con sus preguntas capciosas. En esos
| casos los reprendió públicamente y los puso en
| evidencia demostrando que eran «ciegos guías
| de ciegos».

| Se negó a transigir con las falsas institucio-
| nes religiosas de Su época. Al contrario, obró
| completamente al margen de ellas. Comunicó
| Su mensaje y Su amor a la gente corriente y a
| los pobres, la mayoría de los cuales se habían

apartado desde hacía tiempo de la religión establecida y habían sido abandonados por ésta.

No se preocupó por Su prestigio y reputación, y fue compañero de borrachos y prostitutas, de los despreciados publicanos y pecadores, de los marginados y oprimidos por la sociedad. Hasta llegó a decirles que ellos entrarían en el Reino de los Cielos antes que la llamada *gente buena*: los farisaicos dirigentes religiosos que lo rechazaron y que despreciaron Su sencillo mensaje de amor. El poder de Su amor y de Su convocatoria era tal e inspiraba tanta fe entre los que buscaban sinceramente la verdad que muchos no vacilaron en dejarlo todo y seguirlo de inmediato.

En cierta ocasión, mientras Él y Sus discípulos cruzaban un extenso lago, se desató una feroz tempestad que amenazaba con hacer zozobrar la nave en que se encontraban. Ordenó a los vientos que se calmaran y a las olas que se quietaran, y enseguida hubo gran bonanza. Sus discípulos, atónitos ante tal demostración de poder, exclamaron: «¿Quién es este hombre, que aun los vientos y el mar le obedecen?»

En el transcurso de Su obra dotó de vista a los ciegos y de oído a los sordos; sanó a leproso y resucitó muertos. Tan prodigiosas fueron Sus obras que uno de los jefes del orden religioso que se oponía enconadamente a Él llegó a afirmar: «Sabemos que has venido de Dios, porque nadie puede obrar estos milagros que Tú haces si no está Dios con él».

A medida que Su mensaje de amor se fue propagando y Sus seguidores se fueron multiplicando, los envidiosos dirigentes eclesiásticos de aquel tiempo se dieron cuenta de la amenaza que suponía para ellos aquel carpintero desconocido hasta hacía poco tiempo. Al liberar a la gente de la autoridad y dominio de la cúpula eclesiástica, la sencilla doctrina de amor que pregonaba iba socavando el orden religioso de la época.

Finalmente Sus poderosos enemigos obligaron a los gobernantes a detenerlo sobre la base de falsas imputaciones de sedición y subversión. Y aunque fue declarado inocente por el gobernador romano, aquellos hipócritas presionaron a la

autoridad y la convencieron para que lo mandara ejecutar.

Horas antes de Su detención, este hombre, Jesús de Nazaret, había dicho: «No podrán tocarme siquiera sin el permiso de Mi Padre. A una simple señal Mía, Él enviaría legiones de ángeles a rescatarme». Pero optó por ofrendar la vida por ti y por mí. Nadie se la quitó. Él la entregó, renunció a ella por voluntad y decisión propia, sabiendo que aquella era la única forma de cumplir el designio concebido por Dios para nuestra salvación.

Pero ni siquiera Su muerte satisfizo a Sus celosos enemigos. Para impedir que Sus seguidores sustrajeran el cuerpo y afirmaran que había resucitado, cerraron el sepulcro con una enorme piedra y apostaron en el lugar a un grupo de soldados romanos para que lo custodiaran. Aquella estratagema resultó inútil, pues esos mismos guardias fueron testigos del más grandioso de los milagros. Tres días después que Su cuerpo fuera depositado en aquel frío sepulcro, resucitó, triunfando sobre la muerte y sobre el infierno para siempre.

Ni la muerte fue capaz de detener Su obra o de silenciar Sus palabras. Desde aquel día milagroso hace ya casi 2.000 años, este Hombre, Jesucristo, ha hecho más por cambiar el curso de la Historia, de nuestra civilización y de la condición humana que ningún otro dirigente, grupo, gobierno o imperio. Ha salvado a miles de millones de personas de la desesperanza y les ha concedido la vida eterna y manifestado el amor de Dios.

Dios, el gran Creador, es Espíritu. Es omnipotente, omnisciente y omnipresente. Semejante concepto sería para nosotros demasiado difícil de asimilar. De ahí que para manifestarnos Su amor, acercarnos a Él y llevarnos a comprender Su esencia, dispuso que Su propio Hijo, Jesucristo, tomara forma corporal y bajara a la Tierra. Si bien muchos grandes maestros han vertido enseñanzas sobre el amor y sobre Dios, Jesús es la quintaesencia del amor. Es Dios. Es el único que murió por los pecados del mundo y que resucitó de entre los muertos. Es el único Salvador. ■

Una figura singular

QUE TRANSFORMÓ EL MUNDO

JAMES FRANCIS



NACIÓ en un aldea olvidada, de madre campesina. Pasó su infancia en otro villorrio ignorado. Trabajó en una carpintería hasta los treinta años y a partir de entonces, actuó de predicador itinerante por espacio de tres años.

No llegó a escribir libro alguno. No desempeñó ningún cargo. No tuvo hogar. No formó familia.

No realizó estudios superiores. Jamás puso pie en las grandes ciudades. Nunca se alejó más de trescientos kilómetros de su pueblo natal. No llegó a desempeñar ninguno de los papeles que la sociedad contemporánea suele asociar con la fama y la grandeza.

No tenía más carta de presentación que Su propia persona. Desnudo estaba de los valores de este mundo. No poseía otra cosa que el poder de Su divina humanidad. Siendo aún joven, la corriente de opinión pública se volcó en contra de Él.

Sus amigos huyeron. Uno renegó de Él. Otro lo traicionó. Lo entregaron en manos de Sus enemigos. Debió soportar lo que no fue más que la parodia de un juicio.

Lo clavaron en una cruz entre dos ladrones. Mientras agonizaba, sus verdugos echaron suertes sobre lo único que poseyó en este mundo: Su manto. Cuando ya hubo muerto, lo bajaron y lo enterraron en un sepulcro ajeno gracias a la compasión de un amigo.

Diecinueve siglos han transcurrido desde entonces y hoy este hombre es la figura central de la especie humana, la mayor fuente de inspiración y guía divinas.

Me quedo corto si digo que todos los ejércitos que han marchado, todas las flotas de guerra que se han construido, todos los parlamentos que han sesionado y todos los reyes que han gobernado, en conjunto, no han ejercido una influencia tan palpable en el devenir del hombre sobre la Tierra como esa figura singular: Jesús. ■

¿Por qué murió?

¿Qué razón pudo tener el Rey de reyes, el Señor del universo, Dios encarnado, para dejarse atrapar y permitir que lo acusaran falsamente, que lo juzgaran, lo condenaran, lo azotaran, lo desnudaran y lo clavarán a una cruz como a un delincuente común? La respuesta es clara: ¡el amor que sentía por nosotros!

Todos sin excepción hemos actuado mal en ocasiones y hemos sido desconsiderados y ásperos en el trato con nuestros semejantes. La Biblia enseña que «todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23).

La consecuencia más negativa de nuestros pecados es que nos separan y nos mantienen alejados de Dios, el cual es absolutamente inmaculado y perfecto. De ahí que para acercarnos a Él, Dios sacrificara a Jesús, Su propio Hijo, quien se ofreció a cargar con nuestros pecados. Jesús asumió entonces el castigo que merecíamos y sufrió la espantosa agonía de la crucifixión. Padeció la muerte de un impío para que por medio de Su sacrificio halláramos perdón y remisión de nuestros pecados.

¡Conócelo!

Si no conoces personalmente a Jesús o no has recibido Su perdón y la vida eterna que Él te ofrece, te invitamos a hacer la siguiente oración:

Te agradezco, Jesús, que me hayas redimido pagando por mis errores y mis faltas. Te ruego que entres en mi corazón, me perdones y me concedas el regalo de la vida eterna. Amén.

AMORTIGUADORES



«**iU** Y, LA ZANJA!» Iba en el auto hacia casa y, como había hecho a diario durante meses, tuve que conducir muy lentamente al pasar sobre una zanja para evitar una sacudida enorme.

Al coche le hacía falta una revisión, así que lo llevé al mecánico. Cuando éste se sentó al volante para entrar el auto al taller, me felicité por haberme acordado de llevarlo a que lo revisaran. Sin embargo, ni bien avanzó unos metros, el mecánico clavó los frenos y, mirándome con expresión de sorpresa, me preguntó: «¿Cómo puede andar con el auto en este estado? ¡Los amortiguadores están destrozados!»

Mi primera reacción ante aquel diagnóstico brutal fue poner en duda los móviles del mecánico. ¿Cómo podía estar tan seguro con tal prontitud? Dado que el vehículo tenía ya 10 años y mi experiencia con ese mecánico no me daba motivos para desconfiar de él, le pedí que revisara los amortiguadores y que los cambiara si fuera necesario, lo cual hizo.

«¡Uy, la zanja!» Estaba llevando a casa el auto que acababa de reparar el mecánico. Iba ensimismado pensando en otra cosa y no me acordé de aminorar la velocidad hasta que ya era tarde. Me

armé de valor para enfrentar el inevitable impacto: el de la rabadilla contra el suelo y el de la carrocería contra las ruedas. Pero sucedió lo inesperado: casi ni sentí el bache. ¡El mecánico tenía razón! Estaba tan acostumbrado a conducir sin amortiguadores que se me había olvidado lo útiles que son.

Cuando no se conduce sino por buenos caminos, los amortiguadores casi no hacen falta; pero cuando el camino se vuelve difícil o uno se topa con un bache profundo o una zanja, ya es otro cantar. Y la vida es muy parecida. Gracias a Dios, el camino en general es bastante plano. Pero ¿qué pasa cuando perdemos a un ser querido? ¿O cuando sufrimos un revés en los negocios? ¿O cuando nos hacemos una lesión? ¿O si se produce una falla eléctrica en el momento en que estamos en el ascensor y nos quedamos ahí por horas? ¿O si nos sorprende un terremoto o una catástrofe de otra índole? ¿Qué clase de amortiguadores nos ayudarán a salir adelante, sanos y salvos, a pesar de incidentes como éstos?

Preguntémoselo al Hombre que recorrió el sinuoso y difícil camino del Calvario y dio la vida por todos nosotros. Él debe de saberlo. Y de hecho, lo sabe.



MATTHEW NANTES

Dijo: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar» (Mateo 11:28). «Estas cosas os he hablado para que en Mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, Yo he vencido al mundo» (Juan 16:33).

Tantas personas conducen por la vida sin amortiguadores, preocupándose de evitar todos los baches y zanjas que pudieran darles una sacudida. Tratan de manejar por los caminos menos accidentados, pues saben que no están preparadas para baches repentinos. No tienen la paz que Jesús ofrece, es decir, amortiguadores en su vehículo terrenal. Tal vez ni se dan cuenta de que necesitan suspensión; tal vez ni son conscientes de cuánto desgaste se ahorrarían si contaran con un buen dispositivo para suavizar los golpes.

Hay baches en el camino de la vida. Es inevitable. Pero si las manos amorosas de Jesús nos sostienen, casi ni los notamos. Podemos despreocuparnos y disfrutar del viaje, y llegar sanos y salvos a nuestro destino.

Pon tu vida en las manos de Dios y notarás la diferencia. ■

MATTHEW NANTES ES VOLUNTARIO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN GRECIA.

«Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera; porque en Ti ha confiado» (Isaías 26:3).

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

En los cuatro evangelios, Mateo, Marcos, Lucas y Juan narran de forma hermosa la vida terrenal de Jesús. El cuarto evangelio es uno de los más fáciles de entender, es el que contiene mayor cantidad de palabras textuales de Cristo y traza un maravilloso derrotero para nuestra vida. Conviene que sea el primero que leas y estudies. A continuación presentamos algunos de sus pasajes y versículos clave:

Jesús: La Palabra de Dios, la Luz del mundo

Capítulo 1, versículos 1-18

Versículo clave: Juan 1:12

¿Qué significa nacer de nuevo?

Capítulo 3, versículos 1-21

Versículo clave: Juan 3:16

La samaritana: «Me ha dicho todo cuanto he hecho»

Capítulo 4, versículos 1-30

Versículo clave: Juan 4:24

¡Todo lo que podáis comer! Jesús alimenta a 5.000.

Capítulo 6, versículos 1-13, 25-40

Versículo clave: Juan 6:35

El Buen Pastor: uno de los pasajes más conocidos de la Biblia

Capítulo 10, versículos 1-30

Versículos clave: Juan 10:27,28

Resurrección de Lázaro

Capítulo 11, versículos 1-46

Versículo clave: Juan 11:25

Jesús, la Vid verdadera

Capítulo 15 (todo)

Versículos clave: Juan 15:4,5

La última oración de Cristo, por el amor y la unidad

Capítulo 17 (todo)

Versículo clave: Juan 17:23



RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

Vivo con estrés

Vivo con muchas presiones laborales y también domésticas: para tener éxito en el trabajo, poner el pan en la mesa para mi familia, cuidar bien de mis hijos e invertir en mi matrimonio. Recibo presiones de todos lados. ¡Muchas veces simplemente no sé cómo sobrellevarlas! ¿Qué puedo hacer?

El estrés se está convirtiendo en un aspecto casi ineludible de la vida moderna. Decimos *casi* porque sí se puede hacer algo para evitar sufrir presiones indebidas o vivir en un estado de estrés constante. Si bien algunos de los consejos que se exponen a continuación son de conocimiento general —hacer ejercicio o comer alimentos nutritivos, por ejemplo—, otros incorporan a Jesús en la ecuación de forma muy especial y personal.

Jesús puede ser tu consejero, entrenador, administrador, intercesor, secretario ejecutivo, preparador físico, confidente y mejor amigo. En resumidas cuentas, todo lo que necesitas para hacer frente al estrés que se ha convertido en parte integral de la vida moderna.

Consejos prácticos

Ora. Que los ratos tranquilos con Jesús se conviertan en un hábito cotidiano.

Vete a la cama a tiempo; duerme lo necesario.

Levántate a tiempo para que puedas dar comienzo al día sin prisas y arrebatos.

Rechaza aquellas actividades para las que simplemente no tienes tiempo. De lo contrario se tornan gravosas para tu salud mental.

Delega ciertas tareas en personas capaces de hacerlas.

Simplifica tu vida, y no te recargues.

Date tiempo extra para lo que tengas que hacer y para trasladarte de un lugar a otro.

Disciplínate. Siempre que sea posible es mejor programar a largo plazo los cambios profundos y las iniciativas de envergadura. Evita encarar varios emprendimientos difíciles al mismo tiempo.

Lleva contigo algo de la Palabra de Dios para leer cuando tengas que esperar.

No te preocupes por el mañana.



Distingue lo que te preocupa de lo que requiere tu atención. Si determinada situación exige legítimamente que te ocupes de ella, averigua qué quiere Dios que hagas al respecto. Si te preocupa una situación por la que no puedes ni debes hacer nada, encomiéndasela a Dios.

Haz bastante ejercicio.

Organízate de tal forma que todo tenga un lugar asignado.

Concéntrate en aquello en lo que tienes influencia directa —tú mismo y tus hábitos—, en lugar de preocuparte por lo que escapa total o parcialmente a tu control.

Vive con arreglo a tu presupuesto; no compres nada a crédito a menos que no tengas más remedio.

Emplea el tiempo que viajas en el auto para escuchar cintas, discos compactos o MP3 basados en la Biblia, los cuales pueden ayudarte a optimizar tu calidad de vida.

Sé amable con los que no lo son. (Es probable que sean ellos quienes más necesiten gestos de cortesía.)

Agradécele a Dios todo lo que venga, pues no te enviará nada que tú y Él no puedan sobrellevar juntos.

Toma medidas de contingencia: lleva en la billetera una copia de la llave del auto; esconde en el jardín una copia de la llave de la casa; ten a mano algunas estampillas postales, pilas de repuesto para la linterna, etc.

Prepárate una carpetita con lecturas inspirativas o con tus versículos preferidos.

Ríete.



DONDE LOS PROBLEMAS NO TE HACEN MELLA

Los tripulantes de los submarinos afirman que las tempestades no llegan a mucha profundidad en el mar. Por muy altas que sean las olas en la superficie, treinta metros más abajo reina una calma total. La quietud que hay en el fondo del mar no es afectada por ninguna tormenta superficial. En nuestro caso también puede ser así: es posible gozar de una serenidad y una paz interior que no se vean perturbadas por los temporales del mundo. Nuestra paz es Jesús (Efesios 2:14).

Recuerda que en muchos casos el puente más corto entre la desesperación y la esperanza consiste en un sonoro «¡Gracias, Jesús!»

Tómate en serio el trabajo, pero no te consideres excesivamente importante.

Cuida tu alimentación.

¿Tienes alguna dificultad? Habla de ella con Dios enseguida. Procura resolver los problemas pequeños en el momento en que surjan. No esperes a la hora de ir a la cama para ponerte a orar y buscar soluciones.

Cultiva el hábito de perdonar. (La mayoría de la gente no hace las cosas mal a propósito, sino que procura obrar bien.)

Cada noche, antes de acostarte, piensa como mínimo en un suceso del día por el que sientas gratitud.

No te cargues con tareas nuevas hasta que hayas despachado asuntos pendientes que tienen prioridad.

Aminora la marcha.

Recuerda que no eres gerente general del universo.

Quando la vida te parezca una pequeña habitación sin ventanas, cuyas paredes te van encerrando cada vez más, puedes crear una ventana de escape mediante la Palabra de Dios.

Si la lees, si meditas en ella, si crees las promesas de Dios y las tomas como las promesas personales que son, te aguardan cosas bellísimas. La calidez del sol de Su amor disipa la tensión.

DAVID BRANDT BERG

Declaración de amor

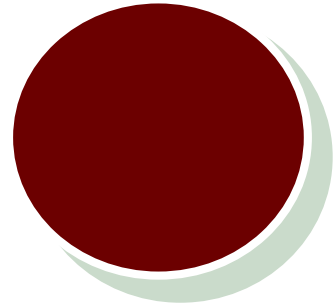
EL AMOR —AMOR VERDADERO, amor a Dios y al prójimo— es la solución primordial para todos los problemas que aquejan hoy en día a la humanidad, así como a los conflictos que la afectaron en otros tiempos. Sigue siendo la solución que ofrece Dios aun en una sociedad tan confusa y compleja como la del mundo actual.

Es precisamente el rechazo del amor de Dios y de las leyes que por amor Él ha instituido lo que lleva a los hombres a ser egoístas, desamorados, desconsiderados y hasta perversos y crueles. He ahí el origen de su inhumanidad para con sus semejantes, la cual salta a la vista en este atribulado mundo actual sometido al yugo de la opresión, la tiranía y la explotación. Cientos de millones sufren innecesariamente de hambre, desnutrición, enfermedades, pobreza, desamparo, exceso de trabajo, y padecen odiosas vejaciones, los tormentos de la guerra y la pesadilla de vivir con un perpetuo sentimiento de inseguridad y miedo. La causa de todos estos males es la falta de amor de los hombres para con Dios y el prójimo, y su insistencia en contravenir las leyes divinas de amor, fe, paz y armonía.

Efectivamente, la solución es así de sencilla: Amar a Dios nos hace capaces de amarnos los unos a los otros. Podemos entonces seguir Sus preceptos sobre la vida, la libertad y la felicidad, con lo que todo se arregla y todos nos sentimos satisfechos en Él.

Por eso dijo Jesús que el primer y mayor mandamiento es amar: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu

SI TENEMOS
AMOR
VERDADERO,
NO PODEMOS
PRESENCIAR
UNA SITUACIÓN
DE APURO SIN
INTERVENIR.



alma y con toda tu mente. Y el segundo es semejante —casi igual, casi lo mismo—: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-39).

Si tenemos amor verdadero, no podemos presenciar una situación de apuro sin intervenir. No podemos pasar de largo delante del pobre hombre en el camino de Jericó. Debemos actuar, como hizo el samaritano (v. Lucas 10:25-37). Hoy en día hay mucha gente que, cuando ve a un necesitado, reacciona diciendo: «¡Ay, qué lástima, qué pena!» Sin embargo, la compasión hay que traducirla en obras.



HIJITOS MÍOS, NO AMEMOS DE PALABRA NI DE LENGUA, SINO DE HECHO Y EN VERDAD

He aquí la diferencia entre lástima y compasión: la lástima no es más que un sentimiento de pena; la compasión lo impulsa a uno a hacer algo.

Debemos manifestar nuestra fe con obras. Es difícil demostrar amor sin una acción palpable. Afirmar que se ama a alguien y no ayudarlo físicamente en lo que pueda necesitar —proporcionándole comida, ropa, techo, etc.— no es amor. Si bien es cierto que la necesidad de amor verdadero es espiritual, éste debe manifestarse físicamente, por medio de obras. «La fe que obra por el amor» (Gálatas 5:6). «El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1 Juan 3:17,18).

Por otra parte, consideramos que la forma más sublime de manifestar amor no consiste exclusivamente en compartir simples pertenencias y bienes materiales. Se basa en entregar la vida en servicio a los demás, como expresión de nuestra fe. Las buenas obras y la entrega de dichas posesiones vienen como consecuencia. El propio Jesús no tenía nada material

que ofrecer a Sus discípulos, sólo Su amor y Su vida, que dio por ellos y por nosotros para que todos pudiéramos disfrutar de vida y amor eternos.

«Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15:13). Profesamos, pues, que lo máximo que podemos dar a los demás es nuestra persona, nuestro amor y nuestra vida. Ese es nuestro ideal.

La verdadera felicidad no se halla buscando de modo egoísta placeres y satisfacciones, sino al encontrar a Dios, comunicar Su vida a los demás y procurar la felicidad ajena. Entonces la felicidad te busca, te toma por asalto y se adueña de ti, sin que la hayas procurado siquiera.

«Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gálatas 6:7). Si siembras amor, recoges amor. Si siembras amistad, recoges amistad. Obedece, pues, la ley divina del amor, amor desinteresado, amor a Dios y al prójimo. Manifiesta a los demás el amor que les debes, y tú también recibirás amor. «Con la misma medida con que medís [generosa o mezquina], os volverán a medir» (Lucas 6:38).

Descubre las maravillas que puede hacer el amor. Hallarás todo un nuevo mundo que sólo habías concebido en sueños. En compañía de otra alma solitaria, puedes disfrutar de los milagros que obra el amor. Pruébalo. El amor que manifiestes volverá a ti.

El amor no se te dio para guardarlo.

Para que sea amor, a otros hay que darlo.

(EXTRACTO DEL ARTÍCULO DEL MISMO TÍTULO DE DAVID BRANDT BERG PUBLICADO EN *ATRÉVETE A SER DIFERENTE*.)

«¡Un momento!»



DAVID Y ANA SE CONOCIERON en una agencia de viajes. Él se encontraba allí con el objeto de comprar un pasaje aéreo que ella le estaba emitiendo cuando espontáneamente surgió una conversación del siguiente tenor....

ANA: Siento mucho que esto tarde tanto. Estoy tan cansada que casi no puedo concentrarme. ¡No sé qué es peor, si la enfermedad de la que me estoy curando o el medicamento que estoy tomando para tratarme! ¡Este día se me va a hacer muy largo!

DAVID: Entiendo a qué te refieres con lo del medicamento. Yo me las arreglo mucho mejor siguiendo las pautas de salud establecidas por Dios en la Biblia. Eso me permite tener fe en que Él me mantendrá con buena salud, o bien me sanará si me enfermo.

ANA: ¿De veras? Eso es estupendo; pero ¿cómo puedo tener fe en Dios si ni siquiera sé si existe?

DAVID: Si quieres pruebas de la existencia de Dios, mira a tu alrededor. Me recuerda lo que le respondió Robert Millikan —un afamado físico nuclear— a un escéptico que le preguntó cómo podía creer en Dios un científico de la talla de él: «Así como hace falta un relojero para diseñar

un reloj, detrás de la intrincada precisión y sincronía de nuestro inconmensurable universo tiene que haber habido un gran Creador o Diseñador».

ANA: Pero ¿cómo sabemos qué aspecto tiene Dios? Nadie jamás lo ha visto.

DAVID: No sabemos qué aspecto tiene, ya que es Espíritu. No se trata de un anciano de barbas blancas que habita algún lugar recóndito, sino de la energía esencial y luz conductora del universo, el Espíritu todopoderoso y omnisciente que está presente en cada cosa.

ANA: Pero si Dios existe, ¿por qué hay tanto sufrimiento y dolor en el mundo? ¿Por qué permitió las atrocidades cometidas por Hitler y tantas otras? Si Él lo controla todo, ¿por qué no pone fin a esas cosas?

DAVID: En primer lugar, Dios no hace esas cosas. Son obra del hombre. Y si Dios impidiera a los perversos llevar a cabo sus viles propósitos tendría que poner fin al libre albedrío del hombre, el cual constituye un aspecto importante de Su plan maestro. El hombre fue creado para escoger entre el bien y el mal, entre actuar con acierto u obrar mal. Dentro de ese proceso Dios nos concede la oportunidad

¿CÓMO
PUEDO
TENER FE
EN DIOS
SI NI
SIQUIERA
SÉ SI
EXISTE?

PARA DISEÑAR UN RELOJ HACE FALTA UN RELOJERO

de conocer los beneficios que nos reporta el amarlo a Él y obedecer las normas benévolas que ha establecido por nuestro propio bien.

ANA: Pero si hay un Dios, ¿de dónde provino? ¿Quién lo creó, cuándo, dónde, y cuánto tiempo hace que existe?

DAVID: Si supieras responder a esas preguntas serías Dios, ¿no crees? La Biblia simplemente dice que Dios siempre ha existido. Él es el inefable Yo Soy que vive en el eterno presente, en el que no hay pasado ni futuro y en el que «el tiempo ya no será más». Dime una cosa: ¿Cuánto sabes tú de electricidad?

ANA: No mucho.

DAVID: Pues no eres la única. Ni siquiera los científicos la entienden del todo. ¿Pero acaso eso te impide utilizarla?

ANA: ¡Por supuesto que no!

DAVID: Entonces, ¿la empleas a pesar de no entenderla?

ANA: Claro, no tengo más que accionar el interruptor.

DAVID: A eso voy, precisamente. Presionas el interruptor, estableces la conexión y ¡funciona! Te vales de la electricidad a pesar de no entenderla del todo. Lo único que sabes es que funciona. Cierras el circuito de la energía eléctrica, y ella hace el trabajo por ti. Lo mismo sucede con Dios. No sabemos de dónde vino ni cómo llegó a ser. Lo único que sabemos es que está aquí y en todas partes, que todo lo sabe y todo lo puede. Ten por cierto que Dios sí existe, tanto como la electricidad, y ambas fuerzas pueden rendirnos grandes provechos aunque no las comprendamos totalmente. Podemos beneficiarnos de apretar el interruptor y hacer contacto con Dios.

ANA: ¿Beneficiarnos de Dios?

DAVID: ¡Sí! No tienes más que conectarte personalmente a la energía divina y Él cumple la función de darte alegría, salud y felicidad cada día. Además te proporciona fe, tranquilidad y paz interior.

ANA: Y ¿cómo hago para conectarme?

DAVID: Puedes conectarte con la energía divina por medio de la oración, que es un procedimiento para hacer contacto con Su Espíritu. Así como aprietas el interruptor de tu radio y sintonizas en determinada frecuencia, de igual manera puedes conectarte con Dios. Y si lo haces, Él te habla, tanto a través de Su Palabra escrita como directamente a la cabeza y al corazón cuando oras.

ANA: ¿O sea que no hace falta que entienda a Dios para creer en Él?

DAVID: Claro que no. No tenemos más que establecer la conexión que permite que la energía divina irrumpa en nuestra vida cotidiana. Nos basta con extender la mano de la fe y accionar el interruptor de la voluntad, que hace el contacto y libera la energía de Dios. Ésta nos da luz y calor, nos conduce, nos alimenta y nos resguarda, provee y trabaja para nosotros, y nos brinda placer. Haz la prueba. No tienes que saber de dónde vino; simplemente relaciónate con Él.

ANA: Está bien. Nada pierdo con intentarlo, ¿verdad?

DAVID: Así es. No trates de analizarlo. Déjalo entrar. ¡Pruébalo! ¡Te encantará! Da resultado. Eso es todo lo que te hace falta saber. ■

Oración para hoy

Amado Jesús...

A veces,
cuando me
siento débil,
cuando me
invade el
abatimiento o
la confusión
y no hallo
palabras para
expresarme,
te elevo una
plegaria
silenciosa.
Sé que Tú
entiendes.
Te llevas mis
preocupaciones
y temores, y
enjugas mis
lágrimas con
un beso.

LO QUE DIJO JESÚS EN LA CRUZ

CURTIS PETER VAN BORDER

TODO LO QUE DIJO JESÚS EN LA CRUZ FUE UNA MANIFESTACIÓN DE UNA FACETA DE SU AMOR. LAS PALABRAS QUE PRONUNCIÓ EN AQUELLOS MOMENTOS TODAVÍA NOS CONMUEVEN EN LA ACTUALIDAD.

dies
mie

padre,
perdónales,
porque no
saben lo que
hacen

consumado
es

estarás
conmigo
en el
paraíso

tengo
sed

he
ahí
tu madre

en
tus
manos

AMOR POR SUS ENEMIGOS

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).

Dijo eso refiriéndose a los soldados romanos que, por orden de Poncio Pilato, lo clavaron a la cruz para darle muerte. Si bien tenían que cumplir las órdenes recibidas, la verdad es que lo azotaron con saña y se burlaron despiadadamente de Él, evidenciando los sentimientos que había en su corazón. También lo dijo refiriéndose a la muchedumbre que fue manipulada para que pidiera Su muerte y forzara a Pilato a sentenciarlo, la misma multitud que días antes lo había aclamado rey (Marcos 15:6-14; Marcos 11:8-10). ¡Qué crueldad, qué horror, qué injusticia! ¿Cómo pudo Jesús decir que no sabían lo que hacían? Hasta cierto punto sí lo sabían, pero no tenían conciencia de

la barbaridad que estaban cometiendo, de que estaban matando al Hijo de Dios.

Al pedirle a Su Padre que perdonara a quienes se habían vuelto contra Él y a quienes habían llevado a cabo la ejecución, Jesús de hecho los defendió, y así demostró de la forma más convincente que pueda haber que era consecuente con lo que había enseñado. «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen» (Mateo 5:44). A pesar de la humillación y el dolor que le ocasionaron los romanos, los perdonó. También perdonó a la gente que se alzó contra Él. Y quiere que nosotros manifestemos el mismo amor, el mismo perdón.

AMOR POR LOS PECADORES

«Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43).

Jesús dijo esas palabras al ladrón penitente que fue crucificado a su lado.

La siguiente anécdota ilustra los efectos que tienen esas palabras hoy en día.

A una pareja en México le robaron sus tarjetas de crédito, sus documentos y su dinero. Unos amigos rezaron con ellos para que pudieran

superar el trauma y recuperar los artículos robados.

Una semana después aquella pareja recibió un grueso sobre por correo. Dentro estaban todos sus valores. Además contenía una nota firmada así: «Un ladrón arrepentido». También incluía un dibujo de tres cruces. La de la derecha estaba marcada con un círculo. La misericordia y el perdón de Jesús todavía transforman personas hoy en día.

AMOR POR SU FAMILIA Y AMIGOS

«He ahí tu hijo. [...] He ahí tu madre» (Juan 19:26,27).

Esas palabras se las dirigió Jesús a Su madre y a Juan —el discípulo con quien tenía una relación más estrecha— desde la cruz. Jesús comprendió el vacío que Su ausencia de este mundo produciría en Su madre y en Su discípulo amado, y que ambos podían contribuir a llenar ese vacío en el otro. Jesús los amó tanto que en Su hora de mayor angustia no fue ajeno a las necesidades de Sus seres queridos, sino que procuró ayudarlos.

A partir de entonces, Juan cuidó de María como si se tratara de su propia madre, y ella de él como de su propio hijo.

JESÚS NECESITA NUESTRO AMOR

«Tengo sed» (Juan 19:28).

La Navidad pasada unos amigos y yo hicimos una presentación en un centro para lisiados de las Misioneras de la Caridad, la orden católica fundada por la Madre Teresa. Advertí que en una pared había un cartel grande que rezaba: «Tengo sed», y pregunté por qué habían escogido esas palabras de Jesús.

«Atender al clamor de Cristo es nuestra vocación —me explicó una de las hermanas—. Antes de despedirse de este mundo, la Madre Teresa dijo: “Su sed es infinita. Él, Creador del universo, pide el amor de Sus criaturas. Tiene sed de nuestro amor. Estas palabras: “Tengo sed”, ¿encuentran eco en nuestra alma?”»

AMOR A DIOS

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46).

¿Dudó Jesús del amor de Dios al morir? ¿Lo abandonó Dios? Esas palabras siempre me habían inquietado hasta que leí una explicación de David Berg:

«Lo que le ocasionó a Jesús más angustia en la cruz no fueron nuestros pecados, pues sabía que nos íbamos a salvar y que seríamos perdonados. Lo que le causó tanto pesar fue que Dios pudiese volverle la espalda. En aquel momento tuvo una experiencia que gracias a Dios nunca tendremos que pasar nosotros: no fue meramente la crucifixión o el dolor físico, sino la agonía mental, el desgarrar de corazón y espíritu al sentir que Dios en efecto lo había abandonado. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). ¿Lo había desamparado Dios? Sí, momentáneamente, para que sufriera la muerte del pecador, separado de Dios.

»En la cruz Jesús tomó sobre Sí los pecados de todo el mundo (1 Pedro 2:24), y esos pecados lo separaron de Su Padre. Nos amó tanto que se entregó voluntariamente para morir en nuestro lugar.»

AMOR POR TI Y POR MÍ

«Consumado es» (Juan 19:30).

¿Qué consumó Jesús? La misma tarde en que Jesús pendía de la cruz se sacrificaba el cordero pascual. Así como la sangre del cordero salvó al pueblo hebreo de la destrucción en Egipto, la sangre de Jesús —el máximo exponente de sacrificio pascual— nos redime del poder del pecado y de la muerte.

Al morir en la cruz, concluyó Su obra, y nuestra salvación quedó asegurada.

LA RECOMPENSA DEL AMOR

«Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu» (Lucas 23:46).

Jesús, ayúdanos a encomendarte nuestra vida y a vivir para complacerte, así como Tú encomendaste Tu vida al Padre y viviste para complacerlo. ¡Qué dicha sentiremos el día en que nos encontremos cara a cara contigo y recibamos nuestra recompensa celestial: vida y amor eternos contigo y con el Padre! ■

CURTIS PETER VAN GORDER ES MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN ORIENTE MEDIO.

En Su hora de mayor angustia, no fue ajeno a las necesidades de Sus seres queridos, sino que procuró ayudarlos.



Te quiero, **a ti en particular**

Te quiero como si no hubiera nadie más que tú en el mundo. Mi amor se extiende hacia ti ahora mismo. Mi amor, Mi perdón y Mi misericordia están a tu alcance, enteramente para ti, con tal de que eches mano de ellos.

Te amo tal como eres. No llevo la cuenta de tus faltas, fracasos, errores y desaciertos. Mis ojos no ven nada de eso. Sólo veo el lado bueno y las posibilidades a las que otros están ciegos.

Veó cada una de tus lágrimas. Oigo el menor de tus clamores. Siento cada una de tus decepciones, cada preocupación, cada inquietud, cada deseo. Lo sé todo sobre ti: conozco cada una de tus aspiraciones y tus necesidades. Veo tu corazón mismo y cuanto albergas en él, y siento un amor profundo por ti.

Anhelo estrecharte contra Mi tierno pecho. Estoy aquí mismo a tu lado, y nunca te abandonaré. Jamás.

Te amo, a ti en particular, y te aguardo con paciencia. Corre, pues, a Mis brazos para que podamos vivir, amar y deleitarnos en este amor por la eternidad, por siempre jamás, por los siglos de los siglos. Soy tuyo.